



José Carlos Rovira (Dir.). Número coordinado por José Gomariz
Revista *América sin nombre*, “Cuba y el Caribe: Diáspora, raza e identidad cultural”, N° 19
Alicante
Universidad
Diciembre de 2014
234 páginas

Candelaria Barbeira¹

El Caribe en perspectiva

“¿Cómo somos?”. En 1891 José Martí formulaba esta pregunta en *Nuestra América* y con esta cita a modo de epígrafe, José Gomariz, coordinador del volumen, abre su presentación. En dos palabras se concentra un amplio espectro de posibilidades relativas a la identidad cultural de la región, especialmente al interrogarse no por una condición definitoria y definitiva, sino por las prácticas y los modos de expresión. Al respecto, dirá Gomariz: “La respuesta a la pregunta de Martí [...] se viene elaborando desde hace dos siglos. Aún en el nuestro” (6). De la mano de investigadores y escritores de diversos continentes, los textos compilados en este número monográfico exploran el espacio abierto

por aquel interrogante, tomando como ejes la cuestión de la raza, la diáspora y la identidad cultural en Cuba y el Caribe. El número se organiza en dos partes; en la primera se compilan dieciocho artículos críticos que enfocan la cuestión caribeña desde diferentes perspectivas, acompañados todos ellos por imágenes y paratextos que ilustran su contenido. Luego tiene lugar la sección “Artes y letras”, donde se reúnen fragmentos de textos literarios, reproducciones de obras pictóricas y los correspondientes perfiles de los artistas presentados.

Dentro de la compilación de artículos críticos, un eje inevitable en el tratamiento de la cuestión racial es la esclavitud y el discurso abolicionista, tema

¹ Profesora en Letras por la Universidad Nacional de Mar del Plata. Becaria doctoral de CONICET.

Mail de contacto:
candelariabarbeira@hotmail.com.

al que se abocan varios estudios, enfocándolo tanto en su período colonial como en los siglos XX y XXI. En “Narraciones de la esclavitud en Cuba y los Estados Unidos”, Iván Schulman contrasta las novelas cubanas con las obras tempranas antiesclavistas estadounidenses, “en las cuales opera una estrategia discursiva de opuestos: dejan de lado la imaginación para subrayar las espantosas prácticas de la esclavitud” (10), como en el caso de *Archy Moore* de Richard Hildreth (1856). Por su parte, Adriana Méndez Rodenas analiza, en “El abolicionismo transnacional cubano: los relatos antiesclavistas de Félix Tanco y ‘el tiempo de la nación’”, el encuentro entre Domingo del Monte y el cónsul inglés Richard Madden, en 1839, para abocarse luego al relato de Félix Tanco y Bosmeniel, “Un niño en La Habana”, primera de sus “Escenas de la vida privada en la isla de Cuba”, escritas durante 1838. También José Gomariz retoma una figura central del pensamiento reformista cubano de la primera mitad del siglo XIX a través de su ensayo “Esclavitud, blanqueamiento y modernidad periférica en Cuba: Gaspar Betancourt Cisneros *El Lugareño*”, donde señala que:

El Lugareño [seudónimo de Betancourt Cisneros] y los intelectuales progresistas de su época comprendieron perfectamente que para acabar con el dominio colonial español era condición necesaria acabar con la esclavitud; pero debido a su limitada visión de la identidad cubana, concebida ésta en un estrecho marco cultural que excluía a los cubanos afrodescendientes y que sobre todo tenía en cuenta los intereses económicos de la burguesía criolla, nunca estuvieron dispuestos a promover la abolición (80).

Oscar Montero, en congruencia con la línea de Gomariz, expone en “La

raza y el racismo en la república imposible de Rafael Serra” la posición de este periodista, cercano a Martí en los años de exilio y defensor activo de los derechos de los cubanos de origen africano. Con este objetivo profundiza en algunos de sus textos, donde señala la contradicción entre la lucha contra el racismo y la identificación con las ideas de la civilización occidental.

La cuestión racial, sin embargo, excede el tema de la esclavitud para extenderse hacia problemáticas sociales que continúan vigentes. Lillian Guerra considera el cine documental, el testimonio oral y la historia para examinar los discursos de las identidades raciales y genéricas durante la primera época de la revolución en “Raza, negrismo, y prostitutas rehabilitadas: revolucionarios inconformes y disidencia involuntaria en la Revolución Cubana”. En sintonía con la actualización de la temática, Tomás Fernández Robaina escribe “La batalla contra el racismo en la Cuba de hoy”. Allí, el autor sistematiza cinco tendencias fundamentales de la lucha de los afrodescendientes por sus derechos, surgidas durante la etapa colonial –la cimarrona, la económica, la educacional, la política dependiente y la política independiente consecuencia de aquella–, para analizar luego el período republicano burgués (1952-1958) y el Revolucionario Socialista, hasta llegar al presente. “Raza y color: el dilema cubano” es el título del ensayo de Pedro Pablo Rodríguez. Éste se refiere al predominio de la trilogía clase, raza y género en las disciplinas sociales y reivindica su pertinencia para el ámbito más amplio de la sociedad cubana en su conjunto. Rodríguez afirma que “el negro en Cuba no puede ser asumido por las ciencias sociales solamente desde la perspectiva de raza” sino que “es imprescindible también ubicar tal examen en la perspectiva

nacional, dada la importancia enorme que la formación de la nación ha tenido en la definición de la sociedad cubana, sobre todo durante los siglos XIX y XX” (114).

Jorge Camacho, en “Patrullando la ciudad: los negros curros de José Victoriano Betancourt”, remarca la idea del paseo en las crónicas del escritor costumbrista, es decir, “el gesto compulsivo de escudriñar la ciudad, hablar de sus costumbres y de las nuevas obras arquitectónicas” (83), a la luz de la figura del *flâneur* y la imagen de los afrodescendientes que habitaban los barrios marginales de La Habana, en el contexto de la campaña de saneamiento llevada a cabo por Miguel Tacón, Capitán General de la Isla entre 1834 y 1838. En “Plácido y el romanticismo”, Salvador Arias García explora la obra del poeta mulato Gabriel de la Concepción Valdés, conocido como Plácido. Basa su análisis especialmente en los artículos publicados en el periódico matancero *La Aurora*, en su coyuntura con esta ciudad que sobre mediados del siglo XIX se presentaba como “plaza fuerte del Romanticismo” (56).

Como un segundo eje temático, en diálogo con el anterior, encontramos la cuestión de la diáspora. Dentro de este marco se halla el artículo de Brígida Pastor, “El discurso abolicionista de la diáspora: el caso de Gertrudis Gómez de Avellaneda y su novela *Sab* (1841)”. Allí se resalta el doble gesto transgresor de Avellaneda, “no sólo al ser la única escritora que escribe una novela de [género abolicionista] durante esa época, sino por invertir la relación amorosa que sirve a su propósito feminista” (36), en la que el mulato Sab se enamora de una mujer blanca. La escritora cubana, que produjo gran parte de su obra desde España, aparece bajo esta perspectiva como la iniciadora de “una tradición en la

diáspora, que ya en el siglo XXI podríamos denominar tradición avellanedina” (41). Bajo el mismo hilo conductor, encontramos “Genealogías de la diáspora africana: José Antonio Aponte y los archivos de la represión”, donde Elzbieta Sklodowska examina la historiografía cubana contemporánea sobre el pintor afrodescendiente y su obra perdida, *Libro de pinturas*. Este artista, convertido en personaje de una novela de Ernesto Peña González en 2010, debe ser enmarcado, según sostiene Sklodowska, “en las intersecciones cubano-haitianas del Circuncaribe diaspórico, híbrido y rebelde” (28).

Martí aportaba el disparador inicial de este compendio y vuelve para ocupar el lugar central en el artículo de Roberto Fernández Retamar, “Martí y el Caribe”. El autor de *Calibán* hace aquí un recorrido por el anticolonialismo martiano, que va desde una escena de sus *Versos sencillos* – donde un Martí de nueve años jura ante el cadáver de un esclavo “Lavar con su vida el crimen” – hasta sus últimos días, en que afronta a Estados Unidos, recalcando así la filiación martiana del proyecto revolucionario.

A dos figuras centrales de la literatura cubana del siglo pasado, como Nicolás Guillén y Alejo Carpentier, se les dedican sendos artículos, que enlazan a su vez con el imaginario cultural de la región. Por un lado, en “*Motivos de son* de Nicolás Guillén desde perspectivas teóricas sobre la representación del Otro en la novela testimonio latinoamericana y en la etnografía posmoderna”, Miguel Arnedo-Gómez se aboca a analizar este poemario de 1930, destacando su carácter innovador en lo atinente a la mirada etnográfica. Por otro, Alexis Márquez Rodríguez se sumerge en la cuestión de “El Mar Caribe en la vida y la obra de Alejo Carpentier”, al considerar el Caribe como referente

fundamental de todos sus cuentos y novelas pero también entendido “como un mar histórico; [...] como un crisol de razas y culturas y como punto de convergencia de los pueblos dispersos por todo el orbe” (112), que debe verse en concordancia con otros conceptos carpenterianos primordiales, como lo real maravilloso americano y el Barroco en tanto forma de expresión latinoamericana y caribeña.

Un componente neurálgico en la producción artística antillana es la presencia e influjo afrocaribeños. Así lo entiende Mercedes López-Baralt, cuando analiza el barco como símbolo poético de la diáspora africana en las Antillas en “Luis Palés Matos y Aimé Césaire: entre África y América en un barco libertario”. A su vez, A. James Arnold aborda la obra poética del martinico desde el concepto de negritud y la pone en relación con la obra pictórica de Wilfredo Lam (a quien Césaire dedicara un poema) en el ensayo “A ‘África’ con Aimé Césaire y Wilfredo Lam”. Asimismo, la obra de Lam, junto a la de René Portocarrero, Manuel Mendive y tres artistas más recientes, como Marta María Pérez, Roberto Diago y Belkis Ayón, es estudiada desde la perspectiva del imaginario afrocaribeño por Adelaida de Juan en “Presencia afrocaribeña en la pintura cubana moderna”.

Clausura la sección de artículos críticos “Haití Apocalypse Now”, texto que toma su título del cortometraje realizado por el director haitiano Arnold Antonin tras el terremoto de 2010. En sus páginas, Martin Munro destaca la atención recibida durante los últimos años por esta nación de habla *créole* y francófona, *primera república negra* del continente americano. Para ello, considera algunas de las formas mediante las que los dos presidentes vitalicios, François Duvalier (1957-1971) y Jean-Claude Duvalier (1971-1986), crearon una realidad

apocalíptica, para luego centrarse en textos de Edwidge Danticat y la obra de Edouard Duval Carrié, titulada *Mardi Gras au Fort Dimanche* (1992/1993), que muestra a la familia Duvalier encarcelada.

En la sección “Artes y letras” encontramos diversas piezas literarias que se relacionan con la temática propuesta para este volumen monográfico. Es el caso de los poemas “Mujer negra” y “Negro” de Nancy Morejón y “Reyita y yo: a manera de introducción”, tomado de *Reyita, sencillamente* (1996), de Daisy Rubiera Castillo. Este texto, que tiene como protagonista a María de los Reyes Castillo (1902-1997), madre de Rubiera, adopta el testimonio como uno de los métodos de la Historia oral para dar lugar a la voz de las mujeres negras. Además del texto preliminar, se incluye un segmento de *Reyita, sencillamente*, donde leemos:

Para mi mamá fue una desgracia que yo fuera de sus cuatro hijas la única negra. [...] Yo fui víctima de una terrible discriminación por parte de mi mamá. Pero si a eso se suma la que había en Cuba, se podrá entender por qué nunca quise un marido negro. [...] No quise que los hijos que tuviera sufrieran lo que sufrí yo. Por eso quise adelantar la raza, por eso me casé con un blanco (190).

También se incluye un pasaje de *Contar las estrellas* (2012), novela de la portorriqueña Iris M. Zavala que lleva por subtítulo “Las memorias de mi abuela” y en la que encontramos pasajes como el siguiente:

Naciste –digo– en frontera, y no olvides que las fronteras no son más que líneas invisibles en los mapas. Nuestra calle, Capitán Correa, dividía la ciudad en dos: los de arriba y los de abajo. De un lado la aristocracia esclavista, del otro la aristocracia de dril [...]. Tú, fronteriza y

movible, estuviste entre dos mundos –el mío, Suncha Ferrer y Calvo, doña Suncha– y el tuyo, de Iris Meaito Zavala. Conmigo viviste un mundo de entre-siglos; yo, decimonónica, soy testigo de la cuenta entrada de los norteamericanos (202).

Luego se presenta “La herencia arquitectónica de La Habana colonial”, nota firmada por Paul Niell en la que se destaca el dinamismo y la pluralidad de significados de la arquitectura y los espacios urbanos de la ciudad. Cierran el volumen diversos textos a cargo de especialistas en arte que presentan la obra de Rodrick Dixon, Manuel Mendive, Belkis Ayón Manso, Juan Roberto Diago

y Edouard Duval Carrié, artistas cuya obra se destacaba en las páginas anteriores por su importancia en relación con la cultura afrocaribeña.

Por último, cabe añadir que, si bien la pregunta de Martí acaso no encuentre una respuesta concluyente, parece probable que nunca haya sido ese su objetivo. Por el contrario, quizás el “¿Cómo somos?” martiano nunca deje de actualizarse, porque no se formuló con el fin de ser respondido, sino para oficiar de herramienta, para labrar múltiples y diversas galerías de sentido que exploren el imaginario cultural de la región, labor que sin duda lleva adelante este número de *América sin nombre*.